Globethics Repository



Presencia y ausencia de Dios en la revelación de su ira [Presence and absence of God in the revelation of his anger]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Kirk, J. A.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-06 12:51:57
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/156034

PRESENCIA Y AUSENCIA DE DIOS EN LA REVELACION DE SU IRA: Ro. 1:18 ss.

J. A. Kirk

El propósito de este estudio, muy difícil de lograr, es hacer simple y llanamente un trabajo exegético de ese pasaje clave de la carta a los Romanos como si uno tuviera la oportunidad de entrevistar al mismo autor, preguntándole acerca de los conceptos vertidos en su **Summa Theologica.** A la vez, quiere responder acertadamente, a partir del texto, a la pregunta ¿dónde está Dios? —el tema principal de las jornadas de estudio bíblico de la SAPSE en 1972 [1]— sin, por eso, desvirtuar el sentido que Pablo quiso sacar a luz al escribir su carta a la iglesia de Roma.

Es, por todo eso, que haré el intento de despojarme de todo preconcepto dentro del temario indicado acerca de la secularización del hombre, por ejemplo, la credibilidad o no de creer en un Dios personal y soberano o la posibilidad de discutir acerca de la presencia y actividad de Dios en la historia. Al menos yo estoy convencido que la tarea exegética debe ocupar un lugar central en todo nuestro pensamiento teológico, aunque no quisiera que nadie deduzca de esta afirmación el falso corolario que la exégesis, para ser "pura", tiene que ser hecha en el vacío, en un cajón herméticamente sellado,

[1] Este estudio forma parte de la serie de comunicaciones dadas en la asamblea anual de la Sociedad Argentina de Profesores de Sagrada Escritura (SAPSE) en 1972. (Las citas bíblicas proceden de distintas traducciones, como las de Reina Valera, La Biblia de Jerusalén y El Libro de la Nueva Alianza, o directamente traducciones propias).

aislado de todo contacto exterior. Todo lo contrario. Quisiera subrayar nada más, por ahora, que el texto tiene el derecho de ser escuchado y entendido en su propio contexto y contrar su propio trasfondo y no juzgado apresurada y oportunistamente de acuerdo con un punto de vista que no está dispuesto de modificarse ni siquiera si el estudio lo requiere. De otra manera, nos encerramos en nuestros pequeños mundos dogmáticamente incapaces de escuchar algo nuevo que podria salvarnos de nuestras parcialidades y cegueras. Digo todo eso principalmente porque este temario fácilmente se presta a esa metodología aprorística que ofusca el sentido del pasaje. Las pruebas en las teologías contemporáneas sobreabundan, advirtiéndonos de entrada de la necesidad de tener una buena conciencia metodológica. Luego, estando comprometido con el texto como Palabra de Dios en un sentido único y **sui generis** nos incumbe intentar aplicarlo a la realidad que nos rodea.

Sin poder entrar en una discusión detallada de la ocasión y propósito de esta carta a los Romanos, doy por sentado que representa una unidad consciente, no fabricada en la incomunicación de una torre de marfil (aunque hayan abundado en Corinto), sino en el calor del día, mientras el apóstol de los gentiles estaba velando por el bienestar de la nueva comunidad mesiánica que surgía en todas partes del mundo.

A veces me pregunto, si tenemos el derecho de analizar críticamente los escritos de un **misionero** como Pablo desde la seguridad de nuestras Facultades de Teología, despedazando sus obras en numerosos documentos según nuestro gusto del momento, o aplicándole técnicas de computación que suelen decir más acerca de nuestras mentalidades occidentalizadas que acerca de los textos mismos; o, si acaso, tenemos los elementos necesarios para comprender existencialmente su pasión y el torrente de sus argumentos cuando, de hecho, no compartimos siempre sus mismos intereses y situaciones.

La exégesis es, al fin de cuentas, una necesidad vivencial que me incita a comprender el texto, porque en él reconozco y confieso la revelación de Dios sólo a partir de la cual puedo gozar esa vida nueva abundante.

Por lo tanto, quisiera que este estudio fuera más un testimonio que un discurso académico, correcto quizás, pero seguramente frío y muerto.

Pablo, apenas toma la pluma, pone inmediatamente de relieve el tema principal de su carta, el evangelio de Dios (1:1). Consciente de la grandeza de su llamado a ser apóstol, encabeza la carta con un saludo que es, a la vez, un testimonio y una definición: "llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios". Si el genitivo, "de Dios", debe entenderse en este contexto como subjetivo, en 1:9, "de su Hijo", es indudablemente objetivo. El evangelio proviene de Dios. El es su único autor. Concierne a su Hijo. El es su contenido único y cabal. Quien lo predique, aun "por envidia ycontienda" (Fil. 1.15), ofrece culto a Dios.

Cuando Pablo habla del evangelio no piensa en la evangelización como un medio a corto plazo para llenar templos (o casas privadas). Tampoco piensa, en el mejor sentido de la palabra, en la *conversión a Cristo como* un compromiso de fe que permite recibir una nueva vida. Piensa más bien, en todo, incluyendo la evangelización y la conversión, lo que conduce a la reproducción en el *individuo de la imagen de Cristo* (Ro. 8:29), perdida en la gran rebelión del hombre (Ro. 1:25) y en la formación de una nueva comunidad, señal auténtica del Reino (Ro. 12 ss). De suerte que, cuando utiliza el verbo **euaggelizestai** (*evangelizar*) *con relación a su propósito de ir a* Roma (1:15; 15:20 ss) quisiera que los cristianos allí entendieran que lo que desea es compartir con ellos las riquezas de los designios de Dios reveladas en el misterio del evangelio (16:25-26).

Si bien el tema principal de la carta es el evangelio, el tema principal del evangelio, y su eje central, es la justicia de Dios, precisamente por el evangelio nos enteramos en forma contundente de cómo actúa Dios para salvar "a todo aquel que cree" (1:16) y reconocemos también, al Dios que actúa. El evangelio es, de alfa a omega, revelación. Excluye explícitamente cualquier esquema humano que le ofrezca al hombre la oportunidad de jactarse de sus propios méritos (3:27) en vez de reci-

birlo todo de Dios con acción de gracias (1:21). Revela todo lo que Dios ha hecho y sigue haciendo para solucionar el problema básico de la humanidad, que tiene sus raíces en el afán del hombre de convertirse individual y colectivamente en el creador de su propio destino (1:28), destruyendo su propia humanidad en el camino. El hombre es incapaz, "impotente en la debilidad de la carne" (8:3), de restaurar la humanidad a su semejante porque de la misma manera y en el mismo grado la ha perdido. Sólo Dios puede hacerlo, y lo hace, por medio del evangelio cuyo activador es su justicia.

Desde 1:18 hasta 3:20 Pablo pone muy en claro la razón por la cual la justicia de Dios, revelada en el evangelio, era y es tan necesaria. Es decir, destaca con todos los elementos a su disposición qué clase de situación humana y qué clase de realidad humana son aquellas a las cuales Dios tiene que responder para que la manifestación de su justicia sea evangelio. De un análisis realista de la situación de los hombres depende la contestación divina.

La íntima relación entre las dos frases, "la justicia de Dios se revela..." y "la ira de Dios se revela..." (1:17 y 1:18) se hace más evidente por el uso, en cada caso, del "presente frecuentativo" o "gnómico".[2] Encontramos en los dos versículos (1:16-17) y el versículo (1:18), que representan de por sí un resumen germinal de toda la carta, una progresión lógica del argumento. El presupuesto básico es que el evangelio es "el poder de Dios para la salvación de todo el que cree". La razón para este presupuesto se descubre en la justicia de Dios, el activador del evangelio. A su vez, la justicia de Dios se constituye en una parte integral del evangelio precisamente porque "la ira de Dios se está revelando contra toda impiedad e injusticia de los hombres..." (1:18). Es lógico, enton-

[2] Cf. C. F. D. Moule, *An Idiom Book of New Testament,* Cambridge, 1960,[2] pág. 8.
G. Bornkamm, "The Revelation of God's Wrath" *(Early Christian Experience),* Londres, 1969, págs. 47, 62.
C. E. B. Cranfield, "Romans 1:18" *(Scottish Journal of Theology* 21:3; 1968).

ces, empezar con el punto culminante de esta progresión, la revelación de la ira de Dios, para entender la manifestación de su justicia y, por ende, el contenido cabal del evangelio. [3]

Algunos piensan [4] que en el evangelio se revela la ira de Dios, tanto como su justicia. Pero esa posibilidad pareciera descartada por el uso consciente de distintas preposiciones en cada caso, "la justicia de Dios... por (ek) fe y para (eis) fe", "la ira de Dios... contra (epi) toda impiedad...". [5] No es precisamente que la ira de Dios represente la fase negativa de la predicación del evangelio, sino que la revelación de la justicia de Dios cobra su ímpetu por el eterno propósito de Dios de hacer sentir su ira, de modo concreto y presente, contra todo y todos los que cambian la verdad de Dios por la mentira (1:25). Las cuatro conjunciones, "porque" (gar), que van seguidas en estos tres versículos dejan sin sentido cualquier división rígida que se proponga entre el v. 17 y el v. 18. En fin, la revelación de la justicia divina "por la fe, y solamente por ella" es una exigencia insoslayable a la luz de la revelación de la ira si es que ha de haber un evangelio para el mundo.

Aunque, como afirma la mayoría de los comentaristas, es una verdad a medias ya que el largo pasaje 1:18-3:20 es una digresión cuya función es ser un **preparatorio evangelium.** Solamente en este sentido permite reflexionar acerca del evangelio desde una perspectiva ya dada, en concreto, la manifestación existencial de las consecuencias inevitables de la revelación de la ira de Dios.

[3] No nos parece estrictamente acertado decir con Miranda, *Marx y la Biblia* (edición del autor, México, 1971) pág. 104 *et. al.*, que la justicia de Dios es el tema principal de Romanos. Con la aparición del evangelio viene una nueva manifestación de la justicia de Dios de tal manera que lo nuevo sobrepasa los límites de sus antecedentes. Ahora, la justicia de Dios, sin dejar de cobrar íntima relación con los profetas, recibe su contenido particular del evangelio que se concentra en la muerte y resurrección de Jesucristo (2:21 ss.; 4:25).

[4] Por ejemplo, Cranfield, *op. cit.*, pág. 334; K. Barth, *A Shorter Commentary on Romans* (Londres, 1959), págs. 24 ss.

[5] Bornkamm, *op. cit.*, pág. 48, tampoco piensa que la revelación de la ira de Dios pertenezca al evangelio porque, como dice, "la justicia de Dios no necesita de suplementación".

El propósito de este **preparatorio** está bien definido en sus aspectos positivos y negativos, resumido en cuatro oraciones tajantes:

1. "Nadie tiene excusa" (1:20; 2:1)
2. "Dios es justo en su juicio" (2:2 ss; 3:4 ss)
3. "Nadie será justificado por las obras de la ley" (3:20)
4. "La salvación de la ira de Dios" (5:9) se cumple únicamente el sacrificio vicario de Jesucristo (3: 21-26).

En el pasaje siguiente, Pablo completa el círculo iniciado en 1:16, describiendo el evangelio en términos de la acción de Dios en Jesucristo, en términos de "redención", de "propiciación" y de "sangre". Empero, toda la realidad señalada por el empleo de este lenguaje con sus raíces en el Antiguo Testamento ,carecería de sentido si no fuese por el hecho de que la ira de Dios está siendo revelada constantemente contra todo el mundo que, de alguna manera, con su injusticia, detiene, suprime y sofoca la verdad.

III

En el pasaje que nos ocupa pareciera muy lejos del propósito de Pablo, según mi modo de ver, entablar un debate acerca de lo que eufemísticamente llamamos, "la teología natural". [6] Por el contrario, lo que preocupa a Pablo es el hecho, evidenciado por todos los quehaceres cotidianos humanos, que la criatura ha trastornado y sigue trastornando el mundo de su Creador, cosechando para sí mismo todas las consecuencias de su rebeldía. Para decirlo de otra manera Pablo no especula acerca de una posibilidad remota que el hombre tenga de conocer a Dios través de la naturaleza, sino de una realidad en que el hombre libre y responsablemente cambia lo que ya conoce en otra cosa. La realidad que es consecuencia, **mu-**

[6] *Ibid.*, pág. 59, "la intención del apóstol no es deducir el ser divino del mundo, sino descubrir el ser del mundo a partir de la revelación de Dios".

tatis mutandis, de este cambio (1:21-23, 25) oculta otra realidad que es primordial y es verdad. El proceso de ocultamiento (Juan lo llamaría, la preferencia por las tinieblas sobre la luz, Jn. 3:19) se lleva a cabo por medio de la impiedad —"dieron culto a las criaturas antes que al Creador" (1:25) —y la injusticia— "teniendo relaciones deshonestas entre ellos" (1:27)— Se desemboca en el envanecimiento de los razonamientos y el oscurecimiento de los necios corazones (1:21) ("todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz", Jn. 3:20).

Se ha demostrado varias veces [7] que Pablo, en este pasaje, está haciendo un tipo de exégesis "midrásica" sobre Gn. 1-3, de una manera comprimida y profunda. El hombre (Adán) es hombre creado a la imagen del Dios incorruptible, responsable, por consiguiente, ante Dios por sus acciones. Su responsabilidad no se limita ni se disminuye porque se haya ofuscado en vanos razonamientos ya que, "habiendo conocido a Dios, no le glorificó como a Dios ni le dio gracias" (1:21).

La base de la responsabilidad humana ante su Creador está en que cualquier hombre, a propósito y en contra de toda la realidad que le rodea incluyendo su propia humanidad, aprisiona la verdad en sus acciones injustas. El juicio que cae sobre él (2:5) es justo porque el hombre injusto nunca llega a eliminar totalmente la verdad puesto que se manifiesta, todavía abiertamente, en la actividad moral que practica, consciente o inconscientemente, en contra de su prójimo (2:1-3).

Según mi parecer es dudoso que, a partir del capítulo 2, Pablo se dirija solamente a los judíos. [8] La exclamación, "oh hombre" se refiere a todos los que reconocen, en sus juicios contra la injusticia y blasfemia humanas, la existencia de un orden moral. Dan evidencia de

[7] Cf. especialmente, M. D. Hooker, "Adam in Romans I" (New Testament Studies, 6, 1959), págs. 297-306; "A Further Note on Rom. I" *(New Testament Studies,* 13, 1966-7), págs. 181-3; C. K. Barrett, *From First Adam to Last* (Londres, 1962), págs. 17-19.

[8] Para una posición opuesta, cf. Paul S. Minear, *The Obedience of Faith* (Londres, 1971), págs. 48-9. De todos modos Minear subraya el hecho que el pecado del moralista judío es del mismo género que aquel del mundo gentil, en el sentido que, por su actividad judicial, los pecadores toman el lugar de Dios.

su conocimiento, a pesar de lo que digan, al condenar a su prójimo por todas las consecuencias éticas de su estupidez ante la evidencia arrolladora de la existencia de un Dios, personal, justo y eterno.[9] El juicio de Dios "es según la verdad" justamente porque el hombre, a pesar de haber vuelto la verdad en mentira, no ha llegado a eliminarla totalmente.

Por lo visto me parece que Bornkamm está totalmente justificado cuando dice[10] que el propósito de este pasaje no es actuar como una digresión apologética, sino ser una acusación. Es una manifestación del estado actual de las cosas en el mundo que cada hombre, si le fuese posible salir de su compromiso personal con el proceso, reconocería como verdad. La señal de un mundo bajo la ira de Dios no reside en que los hombres son ignorantes de Dios, ya que el conocimiento de él a través de su creación es una posibilidad abierta **(pace** la literatura helenística o judía-helenizada), sino que los hombres conociendo, de hecho, a Dios (1:21), suprimen la verdad acerca de él (impiedad) y acerce de las rectas relaciones que él ha establecido (injusticia) a fin de poder pretender que el universo les pertenece. El problema fundamental del hombre, según este pasaje, consiste en su humanismo, "él adora y sirve a la criatura en vez del Creador" (1:25).[11]

Por consiguiente, Pablo no quiere conducir el argumento a que el hombre reconozca su falta de religión — su necesidad de salir de su irracionalidad a encontrar a Dios en un estado equilibrado de las cosas— sino que admita su necesidad de responder al evangelio. Todas las religiones humanas, incluyendo las modernas, no son el medio transportador, sino el resultado del error básico del humanismo autónomo del hombre de cualquier épo-

[9] Minear, *ibid.*, pág. 48, hace hincapié en la sutileza del argumento de Pablo, "hablando en general podemos decir que Pablo estaba armando una emboscada, estaba pintando un retrato con el cual fácilmente podríamos identificarnos".

[10] *Op. cit.*, pág. 54.

[11] "Emprender la tarea de preservar su independencia de Dios es la raíz del pecado, cualquiera sea la forma en que seexprese". E. Käsemann, "The Righteousness of God in Paul", *New Testament Questions of To-day* (Londres, 1969), pág. 180.

ca. Su propósito, consciente o inconsciente, logrado según distintas modalidades ,es suavizar la horrible tensión que existe cuando cada hombre cambia, según sus propios esquemas mentales, el mundo creado por el Dios único por otro creado a su imagen y semejanza. [12]

IV

Como parte final de nuestro trabajo quisiéramos, a manera de proyecto, lanzar la pregunta, ¿dónde está Dios en todo este proceso? Quizás nos extrañe la respuesta poco cautelosa pero llena de convicción de Pablo, que Dios está en "los vanos razonamientos e insensatos corazones de los hombres"; "en la impureza y deshonra de sus cuerpos"; "en las pasiones infames, mentes réprobas, injusticias, homicidios, contiendas, engaños y lo demás". Finalmente, para concluir, y en el caso de que los lectores nos absolvamos demasiado pronto de toda culpabilidad, está también donde tú y yo juzgamos y condenamos a nuestro prójimo.

Todavía, sin embargo, no está claro el modo de esta presencia aparentemente contradictoria. La respuesta a la pregunta, ¿cómo se manifiesta su presencia? surge más nítida si volvemos a la base de la exégesis paulina. En los vs. 23, 25 y 28a aparecen tres claras referencias a la historia de la caída del hombre. En cada caso Pablo presenta la caída en los mismos términos, como un acto de rebeldía en el cual el hombre quiso cambiar la naturaleza del universo. La caída en ningún momento se atribuye a la ignorancia, sino a la desobediencia (comparar 5:19): Adán quiere sustituir a Dios como el Señor de Todo Pero, Dios es insustituible. No permite que haya

[12] A. FF. Walls, "The First Chapter of the Epistle to the Romans and the Modern Missionary Movement", *Apostolic History and the Gospel*, W. Gasque y R. P. Martin (Exeter, 1970), págs. 346-357 ofrece un resumen muy interesante de las distintas interpretaciones de nuestro pasaje que han sido hechas en el curso de la expansión del cristianismo por el mundo en los dos últimos siglos al ser confrontado por otras religiones y culturas.

otros dioses delante de él. La impiedad, consecuencia de la idolatría, consiste en la absolutización de lo creado en lugar del Creador, teniendo su más grave desemboque en el hombre mismo. La injusticia viene después; no es la causa de la caída, sino su primer resultado. Se deriva del efecto, completamente contrario al propósito de la creación, que el hombre creer tener derechos de señorío sobre su prójimo. No es extraño al argumento de Pablo que estos tres versículos vayan seguidos inmediatamente por otro paralelismo. Dada la elección libre de los hombres —"cambiaron..." (1:23); "cambiaron..." (1:25) — Dios los confirma en sus acciones predilectas (1:24, 26 y 28).

Ahora, el argumento se torna bastante sutil. Dios es el único señor. El hombre fue creado para señorear toda la creación, menos al hombre (Gn. 1:28-31). Es virrey de Dios en su mundo, pero Dios es el único señor legítimo sobre el hombre. El hombre cambió unilateralmente estas relaciones por su propia cuenta. Quiso librarse del señorío de Dios para, a su vez, enseñorearse sobre sus semejantes. Una de las consecuencias más desastrosas fue que perdió también su relación inicial con la creación, llegando a tener una posición de dependencia respecto a ella (Gn. 3:17-19) Además, y he aquí el juicio terrible de Dios, confirmado en ese cambio que él propuso, ahora confunde la creación con sí mismo: "cambiaron **(metellaxan)** la verdad de Dios por la mentira... por eso los entregó Dios; pues las mujeres cambiaron **(metellaxan)** las relaciones naturales por otras contra la naturaleza" (1:15-26); "como ellos no aprobaron **(edokimasen)** tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada **(adokimon) (1:28).** No es, de ninguna manera, casual que Pablo elige diseñar en primer plano las perversiones sexuales como consecuencia inmediata de la caída del hombre. A mi modo de ver no se debe ni a la supuesta influencia del libro de la Sabiduría de Salomón (capítulos 10-11) ni a los catálogos de vicios que solían encontrarse en la literatura estoica, por ejemplo, sino a su reflexión personal sobre Gn. 1-3 y del conocimiento de su propio mundo (por ejemplo, 1 Co. 5-6). Las perversiones sexua-

les tocan más de cerca la humanidad misma del hombre.[13] El hombre al cambiar la naturaleza del universo *acaba por destruir su propia naturaleza.*

Así como, desde el principio, Dios estuvo siempre en todo el proceso de la creación, también estuvo desde el momento en que el hombre inició su propia creación, cambiando lo hecho por Dios. Si Dios es Señor del universo (1:20) ha de manifestarse constantemente para bien o para mal. Al principio se manifiesta bien, "vio Dios todo cuanto había hecho y he aquí que estaba muy bien" (Gn. 1:31). En el momento del cambio que siguió y después, a lo largo de la historia, se manifiesta para mal. Eso es su ira: la manifestación del señorío de Dios en contra del cambio y sus consecuencias. Dios está en toda manifestación de impiedad e injusticia de los hombres en el sentido de **epi** (contra). Nada, ni nadie, escapa a su ira. El que puede llegar a admitir su culpa, que no tiene excusa, tiene una única salida en la revelación de la justicia de Dios en el evangelio (comparar Ro. 9: 22-23).

Conclusiones

1. La caída del hombre se desprende de su desobediencia, un hecho señalado en la íntima relación que Pablo establece entre la revelación de la justicia y de la ira de Dios. La justicia de Dios es el reverso de su ira y es revelada "por fe y para fe". La ira de Dios se revela contra toda empresa humana que no brota de este principio, es decir de "la obediencia de la fe" (1:5)[14]

2. Una justicia humana como contraparte de la ira de Dios es una imposibilidad fuera del evangelio, puesto que la justicia de Dios sobrepasa cualitativamente el reverso de la injusticia humana.

[13] C. K. Barrett, *Commentary on the Epistle to the Romans* (Londres, 1957, pág. 39.

[14] Cf. O. Cullmann, *Salvation in History* (Londres, 1967), pág. 265; E. Käsemann, "Justification and Salvation History", *Perspectives on Paul* (Londres, 1971), pág. 72, "el nomismo judío representa la comunidad de la gente "buena" que cambia las promesas de Dios en sus propios privilegios y los mandamientos de Dios en los instrumentos de su propia santificación".

3. Dios se revela con igual insistencia tanto en la injusticia del hombre como en el evangelio, pero con distintos propósitos. Cuando manifiesta su presencia en un mundo caído en la forma de su ira, tiene la finalidad de despertar en el hombre un sentido de necesidad del evangelio, no de ayudar al hombre en su búsqueda de una religión pacificadora. Como dice Bornkamm "el desarrollo de la religión del hombre manifiesta la esclerosis de su rebelión contra Dios". [15] Por lo tanto, la acción de 1:8 ss. debe entenderse en términos de un argumento **ad hominem.**

4. La revelación de la ira de Dios contra toda injusticia, crueldad y corrupción es un elemento esencial de su bondad. [16]

5. En términos de causa y efecto, parecería poder deducirse del argumento de este pasaje que Dios está presente cuando el hombre es el objeto de su acción. Este momento puede, de igual modo, representar su justicia en el evangelio o su ira en la confirmación del hombre en las consecuencias de su decisión. Por otra parte, está ausente cuando el hombre es el sujeto libre de su propia decisión histórica y elige cambiar por otro el rumbo propuesto por Dios. Estaba ausente, en otro momento histórico, también de libre elección (p. ejemplo, Jn. 10:18), cuando el segundo Adán fue hecho pecado (2 Co. 5:21) para quitar **"el** pecado del mundo" (Jn. 1:29). "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

6 La historia del hombre revela la constante actividad de Dios. En la revelación de la ira de Dios contra toda impiedad y toda injusticia del hombre y en la revelación de la justicia de Dios por la fe, y solamente por ella, el evangelio anuncia, de hecho, dos historias porque anuncia **dos humanidades** Con eso no se debe sobreentender, desde luego, dos historias en el sentido de una terrenal y otra supraterrenal; más bien se apunta a una historia subsumida bajo dos perspectivas divisorias: ira y salvación —"ahora, pues, ninguna condenación hay

[15] *Op. cit.*, pág. 57.
[16] Cranfield, *op. cit.*, pág. 333.

para los que están en Cristo (Ro 8:1). Si la historia del hombre fuera una sola no habría esperanza; [17] como dice Schiller, "la historia del mundo es el juicio del mundo", el hombre sería el objeto únicamente del verbo "entregar" y no el objeto del verbo "justificar". La única esperanza del hombre, receptor de la ira de Dios, está en el "ahora, aparte de la ley" (3:21), del evangelio de la justicia de Dios. Como señala Bornkamm, "en la revelación de su justicia, Dios hace constar que en el mundo no hay justicia (3:4). La revelación de la justicia es la revelación de la redención". [18]

[17] Bornkamm, *op. cit.*, pág. 58, "la comprensión de su condición perdida no equivale a la salvación, sino a la desesperación: los hombres son confirmados en la vanidad de sus pensamientos, en las tinieblas de sus necios corazones, en la inversión de su religión y en el error de sus pasiones'.

[18] *Op. cit.*, pág. 64; Nygren, *La Epístola a los Romanos* (Buenos Aires(, 1969), págs. 80, 126 ss.